

Desarrollo del jehovahismo materialista

La más profunda transformación en virtud de la conquista israelita de Palestina, la sufrió la situación de Jehová. La adopción de este dios por los Beni-Israel procedía, como queda indicado, de antiguas enseñanzas recibidas por Israel en Ur-Casdim o más bien en el Paddan Aram. Pero con el antiguo elohísmo patriarcal, aquel nombre no alcanzaría mucha fortuna. El autor del libro de Job, que quiere expresar el ideal teológico de aquella Edad primitiva, evita el empleo del nombre de Jehová. Uno de los antiguos relatos bíblicos no lo nombra hasta el tiempo de Moisés.

La conciencia particular de Israel comienza a la salida de Egipto. El individualismo nacional quería un dios particular. Desde entonces es Jehová el dios protector de Israel, obligado a darle la razón en todo aunque

no la tenga. Una victoria de Israel lo es de Jehová. Las guerras de Israel son las de Jehová. Los favores gracias a los que se creyó que Israel había atravesado el desierto son los favores de Jehová. Jehová es para Israel exactamente lo mismo que Camos para Moab. Jefte admite que Camos dio Moab a los moabitas, como Jehová la tierra de Canaán a los israelitas. Es un dios nacional, identificado, victorioso y vencido con la nación. Es como el genio de la nación personificado; el *espíritu* de la nación, en el sentido que dan los salvajes a la palabra espíritu. Fácil es ver hasta qué extremo resulta opuesta esta idea al punto de partida y al de llegada de Israel: en un principio, los élohim, sin individualización, fundidos más o menos en un élohim, señor único del Universo; al final, el Dios único de los cristianos, creador y juez del Universo.

Dentro del desierto, Jehová es sólo un dios de nómadas, un dios sin tierra, que no posee en propiedad ningún distrito. Ahora ha conquistado una tierra, que da a sus servidores. No se trata de saber si es justo o si no lo es; con que favorezca a Israel, basta. Israel es casi una nación, y tiene sus defectos. Lo esencial de una nación es pensar que el mundo entero existe sólo para ella, y que Dios piensa sólo en ella. Mientras duró el espíritu del antiguo elohismo, el peligroso nombre de Jehová no tuvo consecuencia. *Él* y Jehová fueron dos especies de sinónimos que se utilizaban indistintamente. Pero todo cambió cuando Jehová se convirtió en un dios nacional, patriótico, local. Desde entonces se enfureció. El nuevo Jehová ya no es el antiguo manantial de la fuerza y vida del mundo. Es un político matador, un dios que favorece a una tribu pequeña, sea como sea.

Tal invención se debe a la naturaleza de las cosas, y no hay que extrañarse de ella, ya que actualmente han ocurrido otras análogas. Alemania, por la alta filosofía surgida de sus entrañas, por la voz de sus hombres de genio, había proclamado, mejor que ninguna otra raza, el carácter impersonal, supremo y absoluto de la Divinidad. Pero, al convertirse en nación vencedora, fue incitada a particularizar a Dios. El emperador Guillermo I habló varias veces de *unser Gott* (nuestro Dios) y de su confianza en este «dios de los alemanes». Y es que una nación y la filosofía se conciertan mal. El espíritu nacional, entre otras menudencias, tiene la pretensión de que le pertenezca un dios. *Iahveh elohenu* (Jehová nuestro Dios) dice el israelita; *unser Gott*, dice el alemán. Una nación es egoísta siempre. Quiere que el Dios del cielo y de la tierra sólo piense en servir sus intereses. Con un nombre u otro, se crea dioses protectores. El cristianismo halló dificultades para ello en la rigidez de sus dogmas, pero los instintos del pueblo vencen siempre. El catolicismo se ha escapado de la cadena de los dogmas a través de los santos. San Jorge, San Dionisio, Santiago de Compostela son paralelos a Camos y a Jehová y en nuestros días hemos visto dar una función similar al Sagrado Corazón. El protestantismo y el judaísmo en estos casos no tienen más recurso que el pronombre posesivo *unser Gott*. ¡Extraña contradicción, blasfemia horrible! Ningún pueblo ni individuo tiene a Dios en propiedad. Valdría igual decir «mi absoluto, mi infinito, mi Ser Supremo».

En consecuencia, Jehová es la usurpación, seguramente sacrilega, pero lógica en un sentido, del poder de Elohim en beneficio de Israel. El gran demiurgo sólo tendrá la preocupación de hacer triunfar a Israel de sus enemigos. Dios tiene ya un nombre propio en Israel, lo mismo que en Moab. ¡Gran decadencia desde el punto de vista religioso! Un nombre propio es la negación de la esencia divina; pero gran avance desde el punto de vista nacional. Si el destino de Israel hubiera sido fundar una nación, habría que elogiar sin reservas este acto de ingenuo egoísmo que todas las naciones han cometido en su origen. Pero el espíritu nacional, con su dios particular, no fue en realidad más que un error pasajero de Israel. Los profetas, terribles demoleedores, depositarios del verdadero espíritu de la raza, destruirán a aquel Jehová cruel, parcial, rencoroso, y volverán, constante y vigorosamente, al elohísmo primitivo, el dios patriarcal, al *Él* de la tienda, al Dios verdadero. La historia de Israel se resumirá en un esfuerzo secular para renunciar al dios falso Jehová y volver al primitivo Elohim. La revolución efectuada por los profetas no llegó a cambiar las palabras: el nombre de Jehová estaba demasiado arraigado en la nación para arrancarlo de ella, y se conservó. La idea, universalmente aceptada, de que Jehová era el más poderoso de los dioses, originó que se dijera de Jehová lo que antes se había aplicado a Elohim. Jehová llegó a ser así el Ser Supremo que hizo o gobierna el mundo. Incluso el nombre de Jehová llegó a suprimirse. Se prohibió pronunciarlo y se cambió por una palabra puramente deísta: «el Señor». La gran propaganda cristiana, como ya hemos indicado, se conoció más que esta palabra. El nombre propio no volvió a usarse hasta el siglo XVII, y se limitó a una pretensión erudita, que no penetró seriamente en la conciencia religiosa de los pueblos cristianos.

Todos los dioses cambian, pero siempre conservan su señal de nacimiento. Jehová, a través de sus metamorfosis, siguió siendo esencialmente un *Jove flammeus*. Su voz es el trueno. Jamás se aparece sin tormentas y sin terremotos, como repiten los salmos.

Incluso la íntima unión que, por lo menos desde la travesía del desierto, enlazó a Jehová con la montaña del Sinaí, perduró siempre. Jehová tendrá eternamente su morada principal, su Olimpo acostumbrado, en el Sinaí. Allí reside junto al rayo; desde allí acude a socorrer al pueblo, con aterrador estrépito. Su camino en tales casos es siempre el mismo. Llega del Sur, por la parte de Seir y de Farán: la tierra tiembla, en señal de los grandes juicios a que someterá a los pueblos, para vengar las injurias de su Israel.

En la Edad patriarcal abundaron la superstición, los *terafim*, los dioscillos buenos de madera, barro y metal. Aquellos *terafim* representaban a los dioses particulares, no al único, *Él*, ni a los elohim supremos. Jehová conservó la marca de su origen particular y se le representó durante mucho tiempo en imagen. Los datos respecto a esto son muy incompletos, porque los puritanos de edades posteriores suprimieron en los textos lo que les pareció demasiado escandaloso. Pero realmente es cierto que en época antigua a Jehová se le dio culto idolátrico. Con fre-

cuencia se le representó en la forma que Egipto hizo agradable a los israelitas menos cultos: en figura de un becerro de oro. Otras veces se le dieron los atributos de la serpiente, o fue imagen de oro chapeado, o quizás el disco alado, general en Egipto y existente en cualquier monumento fenicio.

Dichas imágenes de Jehová se llamaban *efod*, como el vestido de los levitas, especie de sobrepelliz atada con cinturón, usada por los ofician-tes. Se ignora el origen de este doble significado. El objeto idólatrico llamado antiguamente *efod* era de metal sobre madera. El *efod* oficial estaba siempre en el arca a disposición del *leví* o del *cohen*, pero podía ser sacado en alguna ocasión. No debía ser muy grande, ya que lo llevaban en la mano. Además, los particulares ricos se mandaban hacer algún *efod* y lo aplicaban a su beneficio personal.

Exactamente, el *efod*, además de representar a Jehová, se utilizaba para adivinar y proporcionar oráculos. Jehová en ciertos estados de la opinión israelita, no compacta todavía, era ante todo un dios al que se consultaba para conocer lo porvenir y saber dirigirse. También se consultaba al *El* patriarcal. Se ponía en comunicación con el hombre, especialmente por medio de los sueños y de los profetas. Pero no hubo nada en la Edad patriarcal que se pareciese a una consulta directa de Dios. Jehová fue, al contrario, un dios de sortilegios, semejante a la *Fortuna Pre-nestina*, que respondía sí o no a las preguntas que se le formulaban.

Seguramente existiera en el desierto la idea de una presencia real de Jehová en el arca, entre las alas de dos querubines, que formaban zócalo y le servían de trono. Allí acudían a consultarle. Las instituciones judiciales se limitaron durante algún tiempo a esta especie de ordalías. Juzgar era contestar a la gente que acudía a interrogar a Dios. Nada importante se hacía sin consultar al genio familiar de la tribu. Los asuntos no por eso se dejaban al azar. Los israelitas, como los griegos, daban a los sabios la dirección de los oráculos. Lo que ahora llamaríamos impostura se consideraba entonces interpelación justa de las voluntades del dios protector.

Cuando se establecieron las tribus, es Jehová en primer lugar el Dios consejero de la nación. Los servidores de Jehová en aquel tiempo de eclecticismo, son las personas que tienen un *efod* y saben utilizarlo. Los nombres propios en que penetra el de Jehová, sólo se hallan entre estos personajes. Gedeón y su familia se dedicaban, al parecer, a la práctica del *efod*. Jehová era el gran oráculo de Israel. Era venerado por todos, pero tenía una serie de familias más consagradas a su culto que el resto de la nación. Estos primeros santos de Jehová no tenían carácter alguno de pureza moral, de piedad seria. Servían al ídolo que dictaba las respuestas (recibidas por la opinión con profundo respeto), simplemente. No existe ninguna prueba de que tuvieran superioridad alguna sobre los demás *levís* que había en el país.